

especial tensión de nuestra literatura (que ha gestado textos hondamente realistas y testimoniales, mientras simultáneamente construía una de las fantasías más importantes de Occidente), tensión que se produce entre realidad y artificio, entre fantasía y verdad.

Aquellos textos comunican de modo casi natural los territorios de la actividad y de la reflexión políticas con los de la literaria, tratando de poner a ésta en el centro, y consolidando así un permanente trasvase de la literatura argentina. El que ha ido del testimonio y la denuncia a la ficción, desde los poetas de Mayo, y de Echeverría y Sarmiento, hasta nuestros días. Ellos siguen manteniendo la hibridez del llamado género novelesco, ese cruce que caracteriza nuestras narraciones, donde lo que es meditación, ensayo, teoría, se mezcla, se encarna, con lo que es invención.

Pedro Orgambide (autor de memorables libros como *El arrabal del mundo* y *Hacer la América*) es un narrador nato de historias ficticias o reales. Con el mismo atractivo, escribe esta biografía novelada de Leandro N. Alem, el histórico líder de la Unión Cívica Radical, situando el presente de la narración en un momento: el que transcurre durante el viaje en el coche que lleva al caudillo al Club del Progreso, adonde llegará ya muerto. La reconstrucción abarca desde el ajusticiamiento del padre hasta esa noche del suici-

da, y recrea no sólo la figura del político, su dimensión republicana, su lucha por la igualdad, sus combates contra la corrupción oligárquica, sino también la del joven poeta, lector de Giacomo Leopardi y de Hölderlin, la del Alem galante y enamorado, el hombre de acción y el depresivo, el tribuno y el de quien piensa junto a Kant. Todo ello, en medio de una época turbulenta y en una Buenos Aires a la que se restituye en toda su complejidad y encanto finiseculares. La novela se lee con interés y emoción, acaso los de suscitar en el lector amargas y lúcidas comprobaciones sobre nuestros males presentes.

Historia crítica de la literatura argentina. La narración gana la partida, Elsa Drucaroff (Directora del volumen), Emecé, Buenos Aires, 2000, 582 pp.

Es probable que Noé Jitrik, director de esta obra que contará doce tomos, quien ha planteado preguntas fundamentales sobre la literatura, se haya interrogado acerca del carácter «historiable» de la misma. Es decir, si un discurso sobre hechos pasados, ordenador y racionalista, hegeliano en suma, tiene que ver con la caótica multiplica-

ción de textos, no siempre mejores los presentes que los anteriores, ni más inteligentes, ni más sensibles, ni más profundos, ni mejor escritos.

En tal sentido, cierta noción del pasado como herramienta pedagógica, como aprendizaje para el futuro, no debe de haber sido el motor fundante de esta empresa. Acaso sí el de destacar momentos importantes, problemáticos; nudos donde se alojan riquezas, especificidades, significaciones de una literatura nacional.

Esta *Historia...* parece concebida de un modo muy poco tradicional. Ni fechas, ni datos, ni listas de nombres propios, pero sí relaciones, conflictos, interferencias, correspondencias y diferencias, roces. Y también figuras, pero siempre con un criterio cualitativo, estimativo; el criterio «crítico» implicado en el adjetivo del título general de la obra. El de este tomo define una elección, y se funda, como escribe Elsa Drucaroff, en que «hay un período... hacia la segunda mitad de los sesenta... durante los setenta y sin duda mantiene efectos fuertes hasta ahora, en el que la narración se impuso con una legitimidad particular, adquirió un prestigio específico en un imaginario de expectativas ligadas a una gran expansión de la escritura...»

Presidido por una concepción que, sin establecer dependencias, une la literatura a la sociedad y a la política, el tratamiento de autores y

textos incita a lecturas intranquilas, motivadoras y productivas, y casi todos los trabajos destacan y alienan direcciones opuestas a las del éxito, el mercado y el consumo. La obra, de largo aliento, dejará un balance muy vivo de los dos siglos que llevamos escribiendo.

Mario Goloboff

Los pasos del hombre. Memorias, Francisco Coloane, editorial Mondadori, Barcelona, 2000, 275 pp.

Francisco Coloane pertenece a esa saga de escritores viajeros, no sólo aventureros sino también exploradores del mundo que, además, han dejado constancia literario-biográfica de sus experiencias.

Hay unas líneas al comienzo de estas *Memorias* que resumen la esencialidad de este narrador: «Me hice escritor por nostalgia, por la añoranza del mar y de mis islas y tierras australes. Me hice comunista por rebeldía contra la injusticia y el crimen, a raíz de la masacre de la plaza Bulnes».

Los pasos del hombre constituyen unas memorias incompletas ya que se omiten, deliberadamente, sentimientos, pensamientos, situaciones, personas porque como sostiene el autor «he vivido más de lo que he

podido escribir y recordar». En este sentido es significativo tener en cuenta que Coloane escribe este libro con más de 90 años.

La infancia y adolescencia de este chileno le forjarán escritor. Es, por tanto, su literatura una experiencia vivida «muy próxima a la verdad».

Como él mismo confiesa, su trabajo literario no es otra cosa «que el esfuerzo por reflejar las fantasías que contienen la propia realidad de aquellas regiones australes». La esencia de su obra es la naturaleza, una naturaleza que «sobrepasa la imaginación de los hombres». Para Coloane es más fácil imaginar realidades que penetrar en la que vivimos. Este inventor de realidades habita la naturaleza, protagonista de sus relatos, con personajes que él conoció o con los que se encontró, a lo largo de sus viajes, pero que parecen sacados de un cuento: cazadores de lobos, de focas, amansadores de caballos, prófugos, buscadores de oro, jinetes solitarios, balleneros enfrentados a una naturaleza hostil y despiadada, sacudida por vientos, tempestades, oleajes, nevadas, una naturaleza telúrica, asombrosa y adversa, como muchos de los acontecimientos histórico-sociales que vivió, sobre los que opinó críticamente y que le obligaron a exiliarse, en 1948, en Buenos Aires.

No hay que olvidar que es en esta naturaleza donde Coloane ha aprendido los principios éticos funda-

mentales y que, quizá por ello, su lenguaje no es sólo un instrumento al servicio de la descripción sino, sobre todo, una herramienta cómplice con el dolor y que permite «armonizar la profundidad del pensamiento con el reflejo de la verdad de la vida, a través de la imagen, el símbolo, o de la palabra sencillas, accesible a muchos».

Francisco Coloane no pertenece a corriente literaria alguna. Se confiesa admirador de Conrad, Melville, Stevenson, Verne y Hemingway, pero serán los escritores científicos quienes le dejen profunda huella, sobre todo Darwin y Martin Gusinde. Los libros de Coloane, además de ser fabulosas historias reales, constituyen la mejor información de uno de los territorios de más difícil acceso del planeta donde lo más desconocido resulta lo más cercano: las tierras en las que nació. Pero sus narraciones también conforman una literatura de denuncia porque Coloane no duda en constatar la verdad histórica (masacres, huelgas, dictaduras sucesivas) y social de Chile (exterminio de etnias indígenas, como los onas, habitantes originales de la Tierra del Fuego). A lo largo de estas páginas asistiremos a la rememoración de una trayectoria intensamente vivida.

Milagros Sánchez Arnosí

La risa del cuervo, Álvaro Miranda, Bogotá, Editorial Norma, 2000, 189 pp.

Desde 1968, cuando publicó su primera plaqueta: *Tropicomaquia*, y luego, en 1971, cuando publicó *Indiada*, el poeta Álvaro Miranda (1945) mostró su capacidad para abordar la historia desde una perspectiva lírica, para recrearla con imaginación y un lenguaje suculento y barroco, con un lenguaje que provenía de Perse y de las versiones de Perse realizadas por Jorge Zalamea pero que ya buscaba afincarse en la realidad documental del Caribe americano. Desde allí, como en el caso del poeta argentino Enrique Molina y su novela sobre Camila O’Gorman, Miranda buscaba desatar el libre vuelo de sus demonios imaginarios.

En 1984 una primera versión de su primera novela, *La risa del cuervo*, ganaría un premio y sería publicada en Buenos Aires. Pero curiosamente no con su nombre sino con el de su novia británico-argentina de entonces. Sólo podían participar escritores residentes en el país. Ahora, por fin, tenemos en las manos la edición definitiva del libro que en su momento Germán Arciniegas llamó: «la mejor novela sobre esta época de la Independencia».

El general realista Francisco Tomás Morales ordena fusilar al general patriota José Félix Ribas, tío de Simón Bolívar. Con su propia

cabeza bajo el brazo, Ribas sigue su marcha por el llano, del mismo modo, quizá, que Vasco Núñez de Balboa se coloca de nuevo la cabeza para narrarnos su versión en *La taberna de la historia*.

A la cabeza de Ribas la acompaña siempre un cuervo. Enarbolada en una lanza, orinada por los perros fugitivos, cocinada en aceite de guácharo, expuesta en un mercado, la cabeza parlante sigue su viaje. Es el viaje de la Independencia y de las logias masónicas, en todo el continente. El viaje de Manuelita Sáenz, desde Paita, recordándola, y el del barón de Humboldt, por las regiones equinocciales, años antes, presintiéndola. La Independencia sin cabeza: cercenada.

«Era una fila interminable de caballos. Caballos que galopaban hacia el este, con la cerviz enhiesta y las ancas altivas. Él iba adelante y arriba, ensartado en la punta de una lanza. Desde aquellas alturas divisaba toda la extensión de la tierra» (p. 41).

A partir de esta libérrima perspectiva, Miranda, con indudable erudición histórica y un cabal conocimiento de la naturaleza, plantas y animales, comienza a establecer fulgurantes resonancia poéticas. El cuerpo de Manuela Sáenz invadido por los cangrejos o la feroz intimidad guerrera (como en *El duelo* de Conrad) con que Morales y Ribas terminan por unirse en el tiempo: